

Trazar el plano de la melancolía

CON la voz sabia de quien ha sabido entender la vida y sus vaivenes, y quiere hacernos el regalo de su experiencia, Teresa Martín Taffarel, escritora argentina que vive en Barcelona desde 1983, nos ofrece sus *Lecciones de ausencia*, un poemario de título muy significativo que habla del tiempo, de la infancia, del abrazo que se fue y de las caricias que no volverán, de espacios lejanos y de seres perdidos... De esas ausencias que paradójicamente pueblan nuestras vidas, pues nos han dejado la huella indeleble que tienen las cosas esenciales y verdaderas, las más necesarias: el amor, el abrazo, la ternura. Y es ahí donde conviene tener presentes las «lecciones» que nos da Teresa Martín Taffarel: sólo aprendemos a entendernos en aquello que fuimos, en ese paraíso perdido que se ha quedado en un lugar de nadie, en un lugar sin tiempo, entero, guardado, para nosotros. Teresa Martín Taffarel se atreve a entrar en ese mundo tembloroso y no siente dolor al hacerlo, sólo quizás nostalgia y a veces tristeza. Sus poemas no son dolorosos, son reposados y esenciales, son, en suma, lecciones para el buen vivir y para el buen recordar.

Para ello elige la sobriedad, la contención, el propio silencio, porque Teresa Martín es una mujer de silencios, a la que seguramente le gustaría poder explicarlo todo sin tener que hablar, en un largo diálogo de miradas. Sólo porque eso no es

siempre posible, porque el silencio a veces no es suficiente para explicarnos el tránsito de la vida, acude a la palabra, pero a la palabra íntegra, esencial, sin adornos, despojada de todo lo que no sea necesario, incluso de los signos de puntuación y de las mayúsculas. Nada debe distorsionar este momento íntimo en que vamos a encontrarnos con lo que fuimos y con lo que tanto echamos de menos.

Lecciones de ausencia se vertebra en torno a cinco partes más un primer poema y un poema final. Cada una de esas partes recibe un nombre en plural: Instantes, Desvelos, Adioses, Lejanías, Signos. En el primer poema ya precisa cómo, en un momento, todo lo que la rodea y todo lo que siente, se organiza con el único fin de «darme su lección de ausencia» y a ese conocimiento se entrega con pasión Teresa Martín Taffarel en las siguientes páginas.

La primera parte, «Instantes», se inicia con unos versos de Manuel Machado, «pasamos como nubes, como naves, como sombras» y los instantes recogen ese pasar: la lluvia («y se mira la lluvia / como se miran los días que no vuelven»), el tiempo («el tiempo pasa / en la sola tarea de su propio pasar»), el río, las voces perdidas, el otoño y la madurez («me recogeré / en la serena elegía del otoño»), las sombras que regresan («tanta sombra acechando desde dentro»), la infancia y esas enfermedades que se curaban con «agua

de tomillo / zumo de limón / unas gotas de miel/ sueño y reposo».

La segunda parte, «Desvelos», se vuelve hacia el tú, hacia la búsqueda de un nombre que sólo cobra su sentido al ser nombrado. La esperanza del reencuentro («y el río que atravesó mi corazón / renacerá en el mar»), la implacable fuerza del paso del tiempo («seguirán estando los espejos / que en vano intentarán mostrarnos quiénes fuimos»), la imposibilidad de volver adonde estuvimos y el deseo de retener esos momentos en nuestras manos, esa presencia, ese nombre que tuvimos en los labios. Quizá sea mejor callar, guardarlo todo dentro, quizá sea mejor tratar de olvidar y renunciar («entender todo / o tal vez casi nada/ y negar las respuestas incompletas / para poder renunciar a la nostalgia»), pero eso sería renunciar a lo que uno es y no es lo que pretende la autora. Aunque a veces se impone la certeza de que «llegarán los días del principio / de madurar sin miedo/ para saber entonces que la ausencia / es no necesitarnos». Irrumpe entonces el desvelo más grande que es la soledad: «me he quedado sin ti /sola conmigo / y aprendo a consolar mis pasos / con la ausencia que quiebra este quererte». Y de nuevo el silencio, el gran consuelo de la poeta: «después vendrá el silencio / entonces estaré contigo».

La tercera parte, «Adioses», se inicia con unos versos de Martí i Pol: «No tornaràs mai més, però perdurés/ en les coses i en mi de tal manera/ que em costa imaginar-te absent per sempre». Es un momento

de sosiego, llega la hora de constatar el vacío, el adiós y, sin embargo, ese adiós no se ha llevado el recuerdo, ni lo que se vivió ni lo que se amó, «partir / esperar / perderse». Las despedidas a veces son necesarias para el reencuentro: «y me alejo de ti / para poder estar contigo». La escritora es paciente, no se deja vencer y «te aguardo con paciencia / en cada amanecer / puntual / restablecido / tras un largo desvelo». La espera, el aguardar a alguien son motivos importantes de esta parte del libro, porque somos como «ángeles / desvelados / que no se resignan a otra despedida». Y la infancia, y de nuevo el paraíso perdido y el hueco que dejó en la memoria: «hay días como hoy que sin saber por qué / todo tiene sabor a desconsuelo / y duelen los surcos que dejó el amor». El otoño con su carga de madurez deja paso al invierno, a la estación del frío, del desconsuelo, «y el invierno amenaza quedarse para siempre». Y cuando los adioses son para siempre, nos queda la duda de si supimos o tuvimos tiempo de despedirnos «y alcanzamos los confines / donde aguardan los adioses / que nunca pudieron pronunciarse».

La cuarta parte, «Lejanías», concentra ese querer alcanzar lo que se ha ido, lo que ya no podemos asir porque ha desaparecido y ya sólo existe en nuestras almas: «y un deseo interminable de alcanzar las alturas / aquellas serenas lejanías donde habiten / los sueños y el olvido». La necesidad de volver a ser lo que se fue, el deseo de regresar, de encontrar el camino que nos lleve de

nuevo a casa: «allá estará el comienzo / todo el ayer acumulado en una rama / y la tierra escribiendo lejanías». De nuevo el río, el árbol, el otoño, la lluvia y el Sur, poderoso y eterno, «demudada corriente en un cielo sin cauces / superación del aire / materia compasiva». Aunque llega la hora de aceptarlo, de entender que la lejanía se impone: «llegará la niebla / las distancias se volverán inesperadas / brotará una luz que nos revele / el porqué de tanta incertidumbre». La poeta se siente desconcertada a veces y no sabe cómo responderse, aunque sí sabe cuál es su sueño «lo que es sin querer / lo que no ha sido / lo que un día será / y aquellos árboles que siguen soñando junto al río». Y constata de nuevo las limitaciones de las palabras «y renacer en ave migratoria / para volver al nido sigiloso/ a evocar las palabras/ que no supieron nombrar tu lejanía».

La quinta parte y última, «Signos», trata de encontrar las señales de las ausencias, de discernir dónde se hallan sus límites, de trazar el plano de la melancolía. Es el intento de localizar una brújula «que oriente nuestro andar / hacia las ofrendas del desierto». La sabiduría llega aquí a su grado máximo y se constata que «las viejas hilanderas / continúan tramando los destinos / mientras los dioses del amor / mueren en grietas legendarias». La poeta sigue firme, aguardando ese signo, aguardando aunque no sabe si llegará o si se perderá en otro naufragio: «todo está sucediendo / mientras espera-

mos una señal / desde la tierra firme / para llegar a tiempo a la orilla deseada / sin habernos perdido/ cuando la niebla borre hasta el aliento». Sólo ella sabe las claves, sólo ella sabe descifrar el enigma, aunque esto apenas le sirva para lo que busca: «me deslizo/ por un lenguaje secreto / que guarda las claves iniciales/ el sosiego se alza / como un estandarte de niebla / y sólo alcanzo lo que no buscaba». Por fin parece rendirse a la evidencia, a la llegada de la ausencia, con la que tendrá que aprender a vivir: «ya no queda nada / nada más que unas manos / que buscan las formas de la ausencia / unos ojos cansados / unas cenizas que vuelven a la tierra». Y la lección que nos da es tan sencilla como importante. No sabía el porqué de las cosas y ahora tampoco lo ha aprendido («no es posible saber / lo que no supe entonces»), pero algo sí sabe: cuando la ausencia se impone y «vuelve a reinar la nada del principio», hay que empezar de nuevo.

Teresa Martín acaba su libro con un espléndido «Poema final» que supone toda una lección de vida, ya que trata de definir el porqué de la escritura, que es el porqué de ella misma: «escribimos porque no entendemos/ o porque entendemos demasiado». -ANABEL SAIZ-RIPOLL.

Teresa Martín Taffarel, *Lecciones de ausencia*, prólogo de José Corredor-Matheos, ilustraciones de Giordano Vaquero Campos, contiene CD con la voz de la autora y música de Diego y Didac Rocher, Canet de Mar, Candaya, 2006.

TURIA

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

Nombre y Apellidos:
 Domicilio:
 Población: D.P.:
 Provincia: País:
 a de de 20..... Firma:

Abonaré la suscripción mediante:

- Contra reembolso.
 Giro postal a Instituto de Estudios Turolenses.
 Talón nominal a Instituto de Estudios Turolenses.
 Domiciliación bancaria del recibo de suscripción con cargo a mi c/c. que le señalo más abajo.

ORDEN DE DOMICILIACIÓN BANCARIA

Sr. Director del Banco o Caja
 Agencia:
 Dirección
 Sírvase atender hasta nuevo aviso, y con cargo a mi cuenta, los recibos que le sean presentados por el IET.
 Titular de la cuenta
 Dirección
 NIF
 Número de cuenta:
 Entidad Oficina D.C. Número de cuenta

Desearía comenzar mi suscripción con el envío del n.º:

Se suscribe por 4 números a TURIA. Revista Cultural, al precio de 24 € (en vez de 28 € comprando los números sueltos).

Europa (Países de la Unión Europea): 25 €.

Otros países: 40 \$ USA o su equivalente.

TURIA. Revista Cultural. Instituto de Estudios Turolenses.

Amantes, 15, 2º. 44001 TERUEL.

Los datos que usted nos facilita se recogen confidencialmente en un fichero para facilitarle información de novedades, cuyo responsable es el Instituto de Estudios Turolenses, al cual puede ejecutar los derechos de acceso, rectificación, cancelación y oposición de acuerdo con lo establecido en la Ley Orgánica 5/1999, de 13 de diciembre, de Protección de datos de carácter personal.